

## *Círculos en la superficie \**

Beatriz Alonso

Nos encontramos librando una lucha constante entre el deseo de salir corriendo y la urgencia de quedarse; y así estamos, aprendiendo a vivir en el marco de esta nueva inestabilidad y tratando de convertirla en fuerza común capaz de generar otro paradigma. No es de extrañar, por tanto, que la primera reacción de Marta Fernández Calvo al visitar el palacio que acoge Casa Leibniz fuera la de querer correr por sus salas y zonas de paso para, en última instancia, medir el edificio con los latidos de su corazón. Puede que “tuviera una corazonada” o que “se dejara llevar por el corazón”, por utilizar únicamente dos de las muchas expresiones con las que nos hemos dotado para traducir al lenguaje popular la sempiterna asociación de este órgano central con las emociones. Una relación que trasciende la poética y el pensamiento filosófico, pues son numerosos los estudios médicos que defienden su función cognitiva en respuesta a las alertas y estímulos que se producen en el exterior. De ahí la importancia de detenerse en algunos momentos y prestar atención a ese ruido sumergido, a la taquicardia inadvertida, en una toma de consciencia del afuera desde la percepción de lo que acontece dentro.

Hay mucho de presente en esta acción, ya que es el cuerpo lo único de lo que se dispone para intervenir y modificar un contexto; un cuerpo que ya no es individual sino que afecta a los demás y que, tal y como sostiene Georges Didi-Huberman, no puede ser entendido aislado de su potencial sensible e intelectual, dejando atrás la dicotomía moderna entre emoción y razón. Según el ensayista francés, cuando conseguimos desprendernos de este binomio restrictivo, la emoción se convierte en posibilidad, nos libera y moviliza, alzándose como una contestación al mundo en forma de revuelta. Es muy probable que correr responda a una pulsión, a esa traslación de un estado a otro, pero también a la necesidad de evaluar nuestra capacidad de impacto en un tiempo y un espacio compartidos, y de sentirnos partícipes del cambio. Para ello, la artista se sirve del pulso como unidad de medida, un gesto vital con el que indaga las distintas narrativas y frecuencias de un lugar cuya arquitectura se desdibuja e impulsa sus recorridos.

Es en esa negociación con el entorno, con uno mismo y con los demás donde logramos inventar formas alternativas de entendimiento, donde la performatividad hecha cuerpo, en palabras de Antonio Negri, se hace también nueva medida. En este proceso de transformación hacia una escala más humana, los anteriores raseros se invalidan y la vida sucede bajo parámetros cada vez más inciertos. En *696 pulsaciones* la repercusión de un acto tan infraléve como el de respirar se eleva como resistencia, equiparándose al propio ejercicio de la práctica artística. Ambas acciones se dan a menudo en total invisibilidad y, sin embargo, provocan un rastro contingente, una onda expansiva como la que se origina cuando un organismo altera la tranquilidad de las partículas del agua y propaga el movimiento que se revela en los círculos de su superficie.

\* “Estoy bajo el agua y los latidos de mi corazón producen círculos en la superficie” es una cita de Milan Kundera que en parte da título a este texto.